

preparativos que se mandaron hacer en 27 de Ssáfar del año 11 (25 de mayo de 632), quedó evidenciado por el nombramiento del jefe anunciado al día siguiente: prescindiendo de los caudillos más antiguos y probados, fué confiado el mando de la expedición á Osama, hijo de Seid, que había muerto en Muta peleando contra los bizantinos, y cuya derrota y muerte ya se había intentado vengar el año anterior. El 29 de Ssáfar (miércoles 27 de mayo de 632) Mahoma fué atacado repentinamente de un fuerte acceso de fiebre, que, sin embargo, desapareció pronto, de suerte que el jueves, 1.º de Rabí I (28 de mayo), pudo hacer la solemne entrega de la bandera á Osama y mandó establecer el campamento en El-Schorf, á una milla escasa al Norte de Medina, donde empezaron á reunirse con prontitud las tropas que acudían de todos lados. Pero mientras se realizaban estos preparativos militares se presentó de nuevo la fiebre con redoblada intensidad, y pronto adquirió la enfermedad carácter alarmante. Es difícil consignar en qué consistía propiamente, pues las descripciones que han llegado hasta nosotros de los síntomas, se prestan á diversas interpretaciones; se ha admitido que fué una inflamación de la pleura, pero un notable investigador, que al propio tiempo ha permanecido algunos años como médico en Oriente, ha calificado la enfermedad de fiebre intermitente, la cual, en el poco saludable clima del húmedo terreno bajo de Medina, aun hoy no deja de atacar á todo extranjero, y fué también muy perniciosa para los inmigrantes de la Meca. No tiene importancia alguna que el mismo Mahoma atribuyera su mal al veneno que se le quiso administrar en Heibar; de todas suertes, el síntoma principal de la enfermedad consistía en una fiebre que por grados adquirió la más extremada violencia. Su constitución, como la de la mayoría de las personas de temperamento nervioso excitable, era, si no fuerte, á lo menos muy resistente, y así, con excepción de los ataques nerviosos á que ya hemos hecho referencia anteriormente, apenas había padecido jamás enfermedades agudas. Con todo, es probable que á la sazón, teniendo cerca de 63 años de edad, se encontrasen agotadas las fuerzas de su organismo por las fatigas y las luchas morales y físicas que casi sin interrupción había tenido que soportar durante largos años. El mismo estaba prevenido para lo peor desde el principio de su enfermedad, y pronto no pudo ocultarse tampoco á los que le rodeaban que le amagaba el más grave peligro. Con aquel grande dominio de sí mismo, que más de una vez hemos reconocido en él, procuró también entonces cumplir sus deberes, mientras se lo permitían sus fuerzas, que iban desfalleciendo. Tan solo cesó de alternar sus acostumbradas visitas á las habitaciones de sus varias esposas, y permaneció en casa de Aischa; pero no por eso dejó de continuar dirigiendo las oraciones y de ocuparse sin descanso en los preparativos para la campaña siria. Había llegado á sus oídos que reinaba descontento entre los medineses á causa del nombramiento del joven é inexperto Osama; así, reconvenció sus fuerzas para pronunciar una plática de amonestación á la comunidad, en la cual justificó su elección y excitó á sus fieles á que obedecieran de buen grado, terminando, según se nos refiere, con estas palabras: «Ahora bien: Dios ha dado á elegir á uno de sus siervos entre esta vida terrenal y la que se goza junto á El, y el siervo ha elegido esta última.» Abu Bekr, el único que comprendió el sentido de estas palabras, prorumpió en llanto y exclamó: «¡No! Nosotros y nuestros hijos nos daremos por tí;» pero Mahoma dijo: «¡Déjalo, está bien así!» y se retiró á casa de Aischa. El esfuerzo había sido demasiado para él, y tuvo que renunciar á seguir dirigiendo las oraciones de la comunidad; como anteriormente, cuando la peregrinación del año 9, encargó su

representación á Abu Bekr. Sus fuerzas desfallecían cada vez más y sus ideas empezaban á confundirse con los desvaríos de la fiebre, y así cuando el domingo 12 Rabí I (7 junio 632) pidió recado de escribir para dictar sus últimas disposiciones, Omar consideró ya necesario no hacer caso de este deseo, por temor de que resoluciones desatinadas pudieran perjudicar la causa de la fe. Durante la noche del domingo al lunes cedió la violencia de la fiebre, y en las primeras horas de la mañana pareció que el enfermo entraba en un período de notable mejoría. «Estaban los creyentes,— así lo refiere un testigo presencial,— rezando la oración de la mañana del lunes; levantóse entonces la cortina, y se abrió la puerta que ponía en comunicación la casa de Aischa con la mezquita. El enviado de Dios apareció en el umbral. Los creyentes, llenos de alegría, estuvieron á punto de interrumpir la oración cuando vieron al enviado de Dios: se creían ya fuera de todo apuro; pero él les hizo señal de que continuasen sus oraciones y se sonrió, satisfecho de verlos tan seriamente entregados á la plegaria. Jamás he visto al enviado de Dios tan hermoso como en aquel momento. Entonces se retiró, y los fieles regresaron á sus casas creyendo que había curado de su enfermedad, hasta el mismo Abu Bekr se trasladó á su morada en el Ssunch.» Este había sido el último destello de la llama de la vida; apenas volvió á su lecho, el Profeta comenzó de nuevo á tener fiebre, empezaba la agonía. Suspiros entrecortados y breves palabras dirigidas á Aischa, que estrechaba la mano del moribundo, se sucedían desordenadamente. Hacia el mediodía sintió Aischa que la mano se hacía más pesada, la mirada comenzó á hacerse vaga; aun una exclamación débil: «¡No!... los sublimes compañeros en el paraíso...» no se oyó nada más. Mahoma había muerto.

La historia de 1200 años del Islam es un elocuente comentario de la significación de la vida que así había terminado poco después del mediodía del 8 de junio de 632 (13 Rabí I del año 11); por lo mismo, debemos renunciar aquí á engolfarnos en minuciosas consideraciones acerca de esta significación. Solo nos permitiremos, antes de proceder á la exposición de los destinos ulteriores de su obra, echar una ojeada sobre esta notable figura histórica, atractiva á pesar de lo que tiene de extravagante, y repulsiva en medio de toda su grandeza. Si no tuviésemos que apreciar en ella más que al profeta de la Meca ó al hombre de Estado y soberano de Medina, sería digna de ilimitada admiración. Su ferviente entusiasmo por la causa de Dios, su inquebrantable perseverancia en la confesión de la idea religiosa á pesar de la persecución y de las vicisitudes durante largos años, deben inspirar sincera simpatía á todo aquel que con inteligencia é imparcialidad busca antes que todo la verdad; y nadie podrá con justicia negarse á reconocer la prevision política, la influencia poderosa en el ánimo de los hombres, la confianza en sí mismo y la tenacidad con que logró realizar el plan, de todos modos justificado, de formar el Estado islamita, sometiendo y uniendo paulatinamente las tribus arábicas. Y si esta obra no llegó á realizarse sin mucha violencia y perfidia, solo en muy pocos casos se puede echar en cara á Mahoma una inútil sed de venganza y en ninguno sanguinaria crueldad; hasta la misma matanza de los pobres judíos fué indudablemente una medida de prevision política, y, como se ha observado con mucha exactitud, aquellas seiscientas víctimas cuyas distan mucho todavía de los 4,500 sajones que el héroe cristiano Carlo Magno mandó matar junto al río Aller. Además, si le aplicamos el criterio de lo que era usual en Oriente, antes y después de Mahoma, hemos de considerarle precisamente como un soberano oriental benigno. Lo que á pesar de todo nos subleva en él, es que aun

en la época de Medina no se satisfizo con solo ser soberano sino que quiso aparecer como enviado de Dios y que, con funesto engaño de sí mismo, considerara lícito abusar del nombre del Altísimo para justificar fines políticos y hasta también completamente personales, muchas veces del género más impuro, fines que hasta los hombres de Estado más despreocupados de hoy día solo se atreven á disculpar con la triste necesidad. El que se esfuerce en no ser demasiado exigente con los árabes semi-bárbaros del siglo VII, se encontrará aquí también perplejo para determinar los grados de culpa moral; pero, según nuestra actual manera de sentir, es y será siempre repulsiva una personalidad de semejante naturaleza, y todas sus buenas cualidades, — su usual amabilidad en el trato de gentes, su fidelidad en la adhesión á aquellos á quienes debía gratitud, y la conciencia de los deberes de su elevado cargo, siempre despierta, — solo pueden asegurarle momentáneamente nuestra simpatía, aun prescindiendo de la lamentable debilidad que precisamente en sus últimos años le hacía olvidarse de su dignidad personal ante una cara de mujer bonita.

Por lleno de contradicciones que estuviera el carácter de Mahoma á causa de la funesta desfiguración de sus rasgos, al principio tan estimables, su obra fué grande, y, comparada con lo que anteriormente existía, digna de admiración; y sin embargo, pareció durante un momento que iba á hundirse en la misma fosa que al día siguiente del de la muerte en casa de Aischa fué abierta para los restos del profeta de la Arabia. Apenas puede atribuirse al perspicaz político el haber creído que, con las diputaciones de homenaje de los años 9 y 10 (630-631), se había ganado ya definitivamente, y sin temor de retrocesos, todo el país para el Islam. No podía ocultarsele que aquel homenaje, cuando menos en muchos casos, era tributado al poderoso soberano y al generoso caudillo, y no al enviado de Dios. La postrera sonrisa con que se despidió de su comunidad cuando ésta estaba orando pudo nacer del convencimiento íntimo de que el invencible ardor religioso de sus medineses no sería inferior á ninguna empresa que el porvenir les tuviese reservada. Y así, la imponente rebelión de la antigua Arabia contra el yugo del Islam, que después de su muerte pareció poner en peligro durante un momento toda la obra de su vida, no es en verdad más que un epílogo de la historia de aquella vida misma, y su sofocación el coronamiento de la victoria que ya estaba decidida con la toma de la Meca.

No hay necesidad de extensas disertaciones para demostrar que el Islam con sus pesadas prácticas religiosas, su exigencia de obediencia incondicional al gobierno del Estado, que cada día se derivaba más marcadamente del profetismo, y con su imposición de un sistema tributario regular, debía ser, á la larga, repulsivo en el más alto grado á aquellas tribus arábicas que no fueran excepcionalmente capaces de aceptarlo por su aspecto puramente religioso. Por otra parte, el hasta allí inaudito éxito material que la fundación religiosa había producido á Mahoma, enseñaba á los hombres ambiciosos un nuevo y provechoso camino para lograr influencia política y militar. No es, pues, maravilla que aquellos principios de insubordinación de que hemos hablado anteriormente fueran promovidos por personas que se presentaron igualmente como profetas, y se comprendió muy bien que á la noticia de la muerte de Mahoma el fuego latente bajo la superficie estallara en los puntos más diversos en violentas llamas, que con la rapidez del viento se comunicaron á las comarcas más lejanas é invadieron en breve las cinco sextas partes de la Arabia. Tres fueron los verdaderos focos de la rebelión: el Yemen en el Sur, Yemama en el Este, y el territorio de los Benu Asad en el Nordeste.

EL ISLAMISMO

En el Yemen, ya relativamente temprano, con toda probabilidad poco después de la conquista de la Meca, se había sometido á la autoridad de Mahoma el representante persa Badhan. Su propia posición, que solo se apoyaba en los pocos numerosos descendientes de los persas enviados á la Arabia del Sur y en algunas relaciones personales, no era muy sólida; nada podía esperar de la metrópoli, que desde la muerte del rey Cosroes (627) y desde la derrota infligida en la misma época por los bizantinos de Heraclio malgastaba sus fuerzas en guerras civiles; y debía temerle todo de los abisinios del otro lado del mar, con quienes estaba enemistado desde antiguo. Así, en verdad, lo más prudente que pudo hacer fué asegurarse una retirada adhiriéndose al nuevo poderío de Medina, que tan notablemente se aumentaba. Mahoma, según su costumbre, le había confirmado en su cargo de jefe superior de todo el Yemen y Nedschran; pero después de su muerte (aproximadamente á principios de 632), dió á su hijo Schahr solamente el mando de la parte central del país con la capital San'á, poniendo las provincias limítrofes, como Nedschran y Saba, á las órdenes de otros príncipes indígenas ó á las de gobernadores enviados de la Meca. Con esto se creyeron postergados muchos de los caudillos de la antigua nobleza, y también, por otra parte, las exigencias de los recaudadores musulmicos de los impuestos pudieron tal vez excitar descontento en muchos lugares; así Aswad Ibn Ka'ab, de la tribu Ans, probablemente poco tiempo antes de la muerte de Mahoma consiguió enarbolar con éxito la bandera de la rebelión, presentándose también como profeta. Apodórase pronto de todo el Nedschran, adhiriéndosele muchos importantes caudillos de tribu, y así pudo aventurarse á un golpe de mano contra San'á, que puso esta ciudad en su poder. Schahr fué muerto; para atraerse la influencia que este había tenido, casóse Aswad con su viuda, y entonces extendió su dominación sobre una gran parte de la Arabia del Sur. Pero también tuvo la desgracia, no se nos dice si por su culpa, de desagradar á sus subordinados; los descendientes de los persas le fueron naturalmente desde el principio hostiles; los funcionarios musulmicos de los distritos vecinos conspirarían también contra él de todos los modos imaginables, y por último fué víctima de una conjuración de la cual formó parte su esposa, que solo á pesar suyo se había visto obligada al odioso matrimonio. La tradición supone ocurrido el fin de este hombre notable, del que dice todo el mal posible, en la noche anterior á la muerte de Mahoma, pero con pocos visos de exactitud. En todo caso su caída fué la señal de una completa anarquía en toda la Arabia del Sur, en la cual persas y árabes meridionales, paganos y partidarios del Islam, lucharon unos contra otros, hasta que por fin fué posible llevar también las armas musulmicas á aquellas apartadas provincias.

Por de pronto los mahometanos tenían sobrado que hacer en otras partes de la península. Conocemos ya las pretensiones que aun en vida de Mahoma había manifestado Mo-sellima. La tradición, que, como es natural, se muestra muy hostil contra todos estos rebeldes, amontona sobre el caudillo de los Benu Hanifa todas las injurias de que es capaz el celo de las personas piosas; desfigura su nombre y le adorna con el calificativo de «falso Profeta,» achacándole acciones á cual más indecorosas. Todo esto es, como se puede suponer, muy inverosímil, y fuera de estas calumnias nada sabemos en contra suya, no pudiendo, por lo mismo, juzgar si su objeto era tal vez, dadas las anteriores ideas cristianas de su pueblo, adquirir prosélitos para una sincera religiosidad ó solo satisfacer su ambición personal. Tampoco es fácil conocer ya la esencia de la doctrina que predicaba entonces, en oposición al Islam, en las verdadera-

mente absurdas tergiversaciones con que está reproducida por los escritores mahometanos; pero lo que de todos modos puede considerarse como fundado es una inclinación a las prácticas ascéticas que nos recuerdan el hanifeísmo de personas como Abu Amir y que, por lo mismo, redundaría en honor del «falso Profeta.» Solo estamos mejor informados respecto del éxito de su predicación, que había alejado á su pueblo del Islam, ya antes de la muerte de su fundador, y á la sazón agrupaba en torno suyo los millares (1) de guerreros de la tribu,—una de las mas poderosas de los Bekr de Wail,—dispuestos á defender hasta el último extremo la libertad reconquistada contra el yugo de Medina.

Si la desercion de los Hanifa, que tenían sus tiendas en lo mas céntrico de la península, fué para sus vecinos del Este y del Sur, en Bahrin y en Oman, hasta el mar Indico, la señal para expulsar ignominiosamente á los directores religiosos y recaudadores de impuestos musulmicos, la aparicion de Toleija, el antiprofeta de los Asad, produjo igual efecto en los beduinos que moraban al Nordeste y Norte de Medina. De los tres ó cuatro serios competidores de Mahoma, Toleija es el que tomó el asunto del modo mas inocente y hasta pudéramos decir mas regocijado. En predicaciones y anuncios de «falsas revelaciones» al estilo del Corán, como se veía obligado á hacer acá y allá en señal de profetismo, era sin disputa muy débil, y él mismo se divertió en gran manera despues con estas producciones suyas. Pero tuvo la suerte de poder descubrir, como Moisés, y segun él pretendia por inspiracion divina, una fuente, en cierta ocasion en que sus gentes padecian en el desierto terrible falta de agua, y esto bastó á los asaditas, que siempre habian admirado en él al valiente caudillo, para considerar asimismo bien fundadas sus pretensiones proféticas. A la noticia de la muerte de Mahoma obedecieron, pues, sin dificultad sus excitaciones á la rebelion. Al propio tiempo Toleija envió mensajeros á los Fesara, á los Abs y á los Zobyan, subtribus de los Gatafan, que moraban entre el territorio de los Asad y Medina, como tambien á los Taiytas, excitándoles á rebelarse. La mayor parte de estos vacilaron un momento acerca de lo que debian hacer. Ciertamente parecia que un fuerte poder superior amenazaba á los musulimes, pero precisamente las tribus vecinas de Medina habian sido demasiadas veces testigos del arrojo y del éxito de Mahoma y de los suyos para que no abrigasen algunas dudas sobre el desenlace de un levantamiento probable. Oyeina, caudillo de los Fesara, verdadero tipo beduino, no pudo resistir la tentacion de nuevas correrías y se adhirió con 700 jinetes á Toleija; los Tay estaban divididos, pues que Adí, hijo de Hátim, permanecia fiel al Islam y sus gentes le eran adictas; así, lo pensaron tambien tanto los otros taiytas, que luego fué ya demasiado tarde.

Pero los Abs y los Zobyan pensaron que, por lo pronto, se podian intentar negociaciones; «los musulimes, se decian, seguramente se habrán hecho mas modestos desde la muerte de su Profeta y se dejarán regatear tanto de lo mas oneroso del Islam, que habrá medio de entenderse con ellos;» y así, enviaron emisarios á Medina ofreciendo continuar en la confesion de fe si se les dispensaba del pago del diezmo ó sea del «impuesto para los pobres.»

Medina parecia, ciertamente, encontrarse en una situacion difícil que apenas consentia rechazar semejante exigencia. Las dos tribus de los Gatafan acampaban junto á Zul-kassa, á un dia escaso de marcha de la ciudad, y junto á Abrak, como á doble distancia en el Nedschd; así, pues, estaban en

(1) Acerca de su número aproximado, véase la nota que ponemos mas adelante.

amenazadora proximidad. El grueso del ejército de los creyentes, para cumplir la última orden del moribundo Profeta, habia marchado á las órdenes de Osama hácia la frontera siria. Si no habia nada que temer del Norte, y si se mantenía en el Sur tranquila Meca, cuyos habitantes nada podian esperar de una victoria de los beduinos, y entretanto en el Sudeste los hawásin y los soheim aguardaban á ver de qué lado soplaba el viento, en cambio todo el resto de la Arabia se encontraba en abierta rebelion, y desde luego los Abs y los Zobyan podian caer en veinticuatro horas sobre Medina, desamparada de sus defensores. Por lo mismo, todos los antiguos compañeros del Profeta, que habian quedado en la ciudad con el otras veces tan enérgico Omar á la cabeza, insistieron ante Abu Bekr, que habia sucedido á Mahoma, para que cediera á las exigencias de los beduinos. A esto no se conformaba el anciano: ¡dispensar el diezmo instituido por el Profeta por orden expresa de Dios! ¡qué idea! No por motivos políticos de ningun género, sino por la fe sencilla y fuerte como una roca en la divinidad de toda palabra manifestada en el Corán, rechazó Abu Bekr la peticion de los enviados con estas palabras: «¡Y aun cuando solo me negárais el ronzal de un camello perteneciente al diezmo, lucharía contra vosotros por él!» Los hechos justificaron la firmeza del inflexible anciano. A la negativa de su proposicion siguió tres dias despues el ataque de los enemigos; pero los musulimes, aunque pocos, estaban prevenidos y reservaron á los beduinos tan calurosa acogida en las puertas de la ciudad, que estos, que no estaban preparados para sostener una lucha en las calles, que solo es posible á costa de grandes pérdidas, volvieron grupas apresuradamente. Era de preveer que el enemigo volveria pronto con grandes refuerzos, y para adelantarse á él se puso en camino aquella misma tarde la pequeña hueste de los creyentes en direccion á Zul-Kassa, y sorprendieron entre las nieblas de la mañana el campamento de los desprevenidos beduinos, que, segun su costumbre, buscaron su salvacion en la rapidez de la fuga, no sin haber visto caer antes á muchos de los suyos, atontados por el sueño, víctimas del sable de los atrevidos medineses.

En concentraciones, marchas y contramarchas de las varias tribus se habian pasado unos dos meses; así, poco despues del encuentro en Zul-Kassa habia regresado ya Osama con el ejército. Si pasó la frontera bizantina, y por dónde, lo ignoramos; de todos modos no se llegó á un choque formal con las tropas imperiales, pero siempre se consiguió llamar al orden, si no á todas, á muchas de las tribus de la Arabia del Noroeste, que se habian manifestado tambien agitadas al tener noticia de la muerte de Mahoma, y se pudo recoger botin de alguna consideracion. Medina estaba, pues, segura, y los musulimes procedieron inmediatamente al ataque general. Ante todo, convenia ahogar la rebelion en las comarcas mas próximas á la ciudad; el mismo Abu Bekr se puso á la cabeza de las huestes de los fieles «compañeros de emigracion» y de las de los ansares, animados de su antiguo ardor bélico ante los inieles, y en setiembre de 632 (Schum II del año 11) derrotó tan completamente á los Abs y á los Zobyan, que seguian todavía acampados junto á Abrak, que se vieron obligados á abandonar rápidamente su territorio. Sus dispersas fuerzas se refugiaron al lado de Toleija; Abu Bekr declaró sus pastos propiedad de la comunidad, y ya que las inmediaciones de Medina estaban purgadas de enemigos, se consagró entonces á la grande obra de someter de nuevo al Islam una tras otra todas las comarcas de la Arabia. Por medio de una proclama se hizo saber á las tribus que habian desertado, que debian manifestar inmediatamente su sumision si querian ser amnistiadas por su rebeldía; á las que persistieran en ella, se les haria guerra sin

cuartel, matando á los varones y condenando á la esclavitud á las mujeres y á los niños. Para que fuera eficaz esta disposicion era naturalmente indispensable ante todo que se dirigieran golpes decisivos contra los rebeldes principales, los «falsos profetas,» y que, al propio tiempo, se hicieran tambien diversiones hácia otros lados á fin de impedir, en cuanto fuera posible, la concentracion de los sublevados en mayores masas. Fueron por lo mismo divididas todas las fuerzas disponibles en pequeños cuerpos de ejército que marcharon en distintas direcciones para cumplir sus respectivos cometidos. Estamos muy mal informados acerca del número é importancia de estos cuerpos de ejército, como, en general, son muy escasas las noticias que tenemos sobre los sucesos ocurridos inmediatamente despues de la muerte de Mahoma; así como era importantísimo para los creyentes guardar fiel memoria de todo cuanto habia dicho y hecho el Profeta, para que sirviese de regla y norma á todos los fieles y fuese trasmitido á la posteridad, nadie, en cambio, pensó apenas en cuidarse de hechos que, para el aun no desarrollado sentido histórico del pueblo, tenían á lo sumo, en los primeros tiempos, el valor de anécdotas ó de recuerdos de familia de los linajes mas principales. Debemos, pues, contentarnos con algunos datos importantes que están comprobados. En el Sur era general la anarquía; pero, por lo mismo, no habia que temer peligro inmediato de allí, y así vemos, naturalmente, que las armas musulmicas acuden tambien á aquel punto en último lugar. En el Norte se habia rebelado, despues del regreso de Omar, la gran tribu de los Koda'a; contra ella se destaca un cuerpo de ejército á las órdenes de Amr, hijo de Así, que ya en vida del Profeta habia hecho la guerra en aquellas comarcas. Los puntos mas importantes eran el Nordeste y el Este: en el primero, campaba por su respeto Toleija con Oyeina, y de los taiytas tambien solo una parte habia permanecido fiel; y el segundo estaba ocupado por el poderoso ejército de Moseilima, que, á manera de muralla divisoria, se interponia entre Medina y todo el Sudeste. Dióse, pues, orden á Jalid de dirigirse contra Toleija, mientras que Ikrima y Schorahbil, dos hábiles guerreros, la recibian de marchar contra Moseilima. El mismo Abu Bekr se quedó en Medina con los partidarios mas antiguos y probados de Mahoma, como Omar, Alí, Talha y Soheir; porque era de toda importancia en aquellos momentos que permaneciesen reunidos como formando una especie de cuerpo de regencia en el centro del territorio islamita los que habian constituido el círculo más íntimo del Profeta, para que no se echara de menos en ningun asunto de la fe y de la administracion del Estado la plena autoridad de los primeros adeptos, ó que acaso, con la delegacion de algunos de ellos á puntos mas lejanos, se formaran subcentros que fácilmente pudieran ser perjudiciales á la necesaria concentracion de todas sus fuerzas. Por eso en esta ocasion, como tambien despues en el califato de Omar, vemos confiado el mando de los ejércitos á muchos hombres que se adhirieron relativamente tarde á Mahoma y que, si bien eran capitanes de primer orden, aparecen á menudo animados de sentimientos puramente mundanos. Pero mientras los intereses de tales hombres se avinieran con el curso de la propagacion guerrera de la fe,—y así continuó sucediendo durante mas de diez años todavía,—no habia para qué cuidarse del mayor ó menor respeto que hácia el Corán pudiera sentir «la espada de Dios.»

Jalid emprendió la marcha por octubre de 632 (11 de la Egira) con sus fuerzas, que apenas excederian de unos dos mil hombres, pero compuestas de tropas escogidas, entre ellas, pelotones enteros de probados «compañeros de emigracion» y ansares. Penetró en primer lugar en el territorio

de los Taiytas, los cuales, aunque en parte rebeldes, no habian acabado todavía de decidir si harian ó no causa comun con su vecino Toleija. Sin embargo, tan pronto como llegó Jalid se dejaron convencer, por Adí Ibn Hátim, de que era mejor volver al Islam, y reforzaron el pequeño ejército con mil valientes guerreros. Este refuerzo podia ser muy útil á Jalid, pues además de los Asad seguian ya tambien á Toleija los Fesara, los Abs y los Zobyan, ó sean todas las subtribus principales de los Gatafan. Así fué porfiada la lucha cuando se encontraron los dos ejércitos junto á Bosaha, fuente del territorio de los Asad. Mas los beduinos carecian de toda disciplina. Segun parece, Toleija ya se habia hecho ridículo á los ojos de Oyeina con sus muecas de profeta, —otro profeta muy distinto habia visto ya el antiguo capitán de bandoleros,—y cuando estaba mas empeñado el combate, Oyeina volvió grupas de improviso con 700 hombres de los Fesara, y los demás no pudieron sostener por sí solos la batalla. Toleija huyó hácia el desierto sirio; los Asad se sometieron de buen grado y consiguieron la amnistía, que á la postre alcanzó igualmente al malogrado profeta cuando posteriormente volvió á los suyos, convertido otra vez en creyente muslim. Tambien Oyeina tuvo suerte: como no podia apartarse del merodeo, poco tiempo despues empezó á hacer otra vez de las suyas al frente de una banda atrevida compuesta de toda clase de gentes; Jalid, que despues de la batalla de Bosaha permaneció todavía en el territorio de los Asad para consolidar allí el orden, derrotó y dispersó á la banda, haciendo prisionero á Oyeina, el cual fué conducido á Medina, donde supo mañosamente sincerarse por medio de todo género de embustes, ó mas bien, Abu Bekr, que sabia lo inapreciables que eran tales hombres en una campaña contra los bizantinos y persas, no tuvo reparo en darle libertad. No hay duda que para el mas fiel adepto de Mahoma el interés de la fe estaba por encima de todo, hasta por encima de la misma rectitud, que constituía, por lo demás, un rasgo fundamental del carácter de aquel hombre concienzudo. De esto mismo dió muy pronto otra prueba.

Jalid habia cumplido la primera parte de su mision. Los Taiy, Gatafan y Asad estaban apaciguados y Medina completamente libre en el Nordeste; hasta los Soheim y los Hawásin, que habian estado aguardando el desenlace de aquellos combates, no tardaron ya tampoco en manifestar su nueva y repentina adhesion á la causa de la fe, y con esto quedaban tambien asegurados los territorios mas próximos del Este y del Sudeste. La «espada de Dios» podia, pues, extenderse mas allá. Detrás de los Asad moraban las principales secciones de la gran tribu de los Temim. La amistad que habian ajustado con el Islam al calor del entusiasmo producido por el arte del poeta privado de Mahoma, no habia sobrevivido tampoco á la muerte del Profeta. Cierta que algunos de ellos, al tener noticia de la victoria de Abu Bekr en Zul-Kassa, habian juzgado conveniente enviar á Medina los impuestos atrasados,—esta era seguramente la mejor demostracion de su vuelta á la fe,—pero los mas no habian abandonado su actitud rebelde, y hasta los Benu Yarbú, una de sus subtribus que estaba acaudillada por el ya célebre guerrero en tiempo de paganismo, Malik Ibn Noweira, se habian inclinado entretanto á favor de una profetisa propia, llamada Sadschah, oriunda de aquella tribu, pero que hasta entonces habia ejercido sus artes proféticas en la Mesopotamia, entre los cristianos de los Benu Táglit y de otras tribus arábicas. Estos habian estado, desde la disolucion del reino de Hira, en continua agitacion y á la sazón muchos de ellos habian seguido á Sadschah, probablemente expulsada por los persas, á su patria, donde halló entre sus compañeros de tribu buena acogida y prosélitos. Los demás